

NUESTRA VIDA UN DON PARA LOS DEMÁS

“Vengan a mí”
(Mt 11,28).



Jesús nos invita, también hoy, a acercarnos a Él.

Él se ha manifestado como el rostro visible de Dios que es amor. **Un Dios que nos ama inmensamente**, así como somos, con nuestras capacidades y nuestros límites, nuestras aspiraciones, nuestros fracasos y nuestras debilidades

Nos invita a fiarnos de su “ley” que no es un peso que nos aplasta sino una carga ligera, **capaz de colmar de alegría a los que la viven**

Esta ley nos pide un compromiso, nos invita a no replegarnos sobre nosotros mismos sino a hacer de nuestra vida cotidiana un don para los demás

“Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados y yo los aliviaré”
Mt 11, 28



Jesús hace una promesa “... los aliviaré” ”.

¿Cómo? Antes de nada con Su presencia que es más decidida y profunda en nosotros si lo escogemos como el punto firme de nuestra existencia. Después, con una luz especial que **ilumina nuestro camino** y nos hace descubrir el sentido de la vida, incluso cuando las circunstancias externas son difíciles.

Si empezamos a amar como Jesús nos ha enseñado, encontraremos en el amor la fuerza para ir adelante y la plenitud de la libertad. La vida de Dios se abrirá camino en nuestro interior.

“Vengan a mí”
(Mt 11,28).



Las alas que nos harán volar

Aceptemos la invitación de Jesús a ir hacia Él y a reconocerlo como fuente de nuestra esperanza y de nuestra paz.

Recibamos su “mandamiento” y esforcémonos en amar, como Él ha hecho, en las miles ocasiones que se nos presentan cada día: en la familia, la parroquia, la escuela. **Respondamos a las ofensas con el perdón.**

Construyamos puentes en lugar de muros y pongámonos al servicio de los que están en dificultad.

Descubriremos en esta ley **las alas que nos harán volar.**

“Vengan a mí todos los que están cansados y agobiados y yo los aliviaré” (Mt 11,28).

“¡Basta! ¡Estoy harto! ¿Es que nadie me escucha cuando digo que necesito algo?” Es la enésima vez que me enojo en mi casa.

Me encuentro caminando solo en la ciudad. Mis compañeros del clase están en una excursión a la que he renunciado porque tengo otros proyectos este verano.

Estoy intentando ver cómo puedo calmarme cuando paso por una iglesia y decido entrar. Apenas entro advierto una paz especial y...empiezo a llorar.

¿Por qué me enojo tanto ultimamente?

Quisiera lamentarme con Jesús y lo hago presentándole la lista de todos mis fracasos. Me doy cuenta, entre las lágrimas, que a Él le puedo contar todo y ¡estoy seguro que me escucha!

“Te he conocido como Amor y quisiera seguir creyendo en esto aunque ahora para mí es difícil”.

Mientras estoy en silencio delante de Él tengo la sensación de sentirme más ligero.

El tiempo pasa y llega la hora de la misa. Alguien se sienta a mi lado. Levanto la mirada y veo que son mis padres. Nos damos un abrazo que tiene el significado de un perdón recíproco. Me quedo en la Iglesia para agradecer a Jesús de este momento y vuelvo a casa con mis padres que me invitan a tomar un helado.